

9.— El día 9, que era la Ascensión del Señor, Monseñor celebró la misa muy temprano. Se buscó carne para hacer la comida, y no había (26). Por eso, subimos a los caballos y nos retiramos de allí. Así, pues, entramos de nuevo en nuestra llanura y, tras realizar dos leguas largas, llegamos a un lugar llamado Villar (27), con la intención de comer allí, pero no encontramos nada, ni alimento, ni fuego, ni leña. Después de haber reunido con facilidad comida con los restos que teníamos, temiendo que sucediese lo que acababa de suceder (28), una persona muy prudente nos dio el consejo de comprar y llevar un cabrito a fin de que, si casualmente por la tarde no se encontraba nada preparado para comer, se contase ya con eso. Así, pues, subimos a los caballos muy castigados por la indigestión de montes, y al mismo tiempo enfriados y debilitados por la heladísima agua del pozo de Montesa (29). Por un camino llano y una región pobre y estéril llegamos a una ciudad (30) llamada Chinchilla (31). Hay más de cuatro leguas máximas (32). Se llama ciudad, no porque este lugar tenga un obispo propio, sino por la costumbre de allí. En esta ciudad (33) encontramos una sola posada que no valía nada o casi nada. Un solo hombre vendía pan en la ciudad, y otro sólo vino.

10.— El día 10 por la mañana salimos de la villa a oír misa en un convento de los hermanos predicadores, y poco después salimos de esta paupérrima ciudad, y descendimos de la altura en que está a una extensa llanura de campos, y avanzando por un camino llano llegamos a un hermoso y muy buen pueblo llamado Albacete (34), situado en plena llanura. Allí bebimos buen vino clarete; una vez apurado, avanzamos siempre por un camino real entre campos, y por fin llegamos a otro buen y hermoso pueblo llamado La Gineta (35), en donde los caballos fueron bien tratados, pero a nosotros no se nos encontró nada. Después de alimentar a los caballos y de no probar bocado nosotros, salimos y por un camino y una región muy llanas llegamos a un pueblo grande llamado La Roda (36). Aquí nuestros caballos comieron bastante bien según la costumbre del país, pero a nosotros sólo se nos encontró pan y vino. Por tanto, Monseñor hizo la cena sólo con pan y vino. Y poco después se le obligó a echarse y a pasar la noche sobre la paja, con un simple colchón. Por nuestra parte, sus siervos hambrientos fuimos sepultados aquella noche con las pulgas y la paja.